

La cultura de cristiandad no existe más en América Latina y hoy no podemos pretender una comunidad creyente por inercia de la costumbre o de la tradición. Esta es una realidad obvia en los ámbitos de reflexión teológica pastoral; si la recordamos aquí, después de cuarenta y cinco años del Concilio Vaticano II, es porque no siempre hemos logrado que este convencimiento teórico descienda al nivel del compromiso eficaz en los diversos niveles de nuestras comunidades eclesiales.

Como responsables que somos de la riqueza que Dios ha sembrado en la fe de nuestros pueblos, mediante la acción comprometida de generaciones anteriores, y asumiendo la reflexión de nuestros obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida, debemos tomar en serio que “La vocación y el compromiso de ser hoy discípulos y misioneros de Jesucristo en América Latina y El Caribe, requieren una clara y decidida opción por la formación de los miembros de nuestras comunidades, en bien de todos los bautizados, cualquiera sea la función que desarrollen en la Iglesia...” (DA 276); sin ella no habrá manera de “dar razón de la propia fe” y menos de transmitirla a otros, de ahí la pertinencia de reflexionar sobre *la formación como prioridad pastoral*.

Desde la fe sabemos y afirmamos que la Iglesia es, a la vez, una realidad divina y humana; su ser y su quehacer no pueden ser entendidos sino desde esta realidad teándrica. No hay que dudar, por tanto, que la formación cristiana que la Iglesia procura está acompañada por la Gracia, pero como acción de Iglesia no deja de ser humana y de estar sujeta a las contingencias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, con sus riesgos y sus posibilidades; devenir histórico que justifica el discernimiento de los *desafíos a la formación desde el contexto actual*.

Quiérase o no, el hombre y el discípulo de Jesucristo se tiene que ir haciendo, en medio de la comunidad creyente y bajo la acción del Espíritu, a lo largo de su vida, ampliando y profundizando sus conocimientos, desarrollando sus habilidades para pensar o manejar los conocimientos comprendidos y asumiendo y reforzando ciertas



actitudes fundamentadas en valores humanos y evangélicos, lo cual no sucede sino desde la *integralidad de la formación cristiana*.

La verdadera formación va más allá de la transmisión de conocimientos y ha de asumir toda la riqueza y complejidad del ser humano con sus dimensiones corporal y espiritual, personal y comunitaria, inmanente y trascendente; con sus dinamismos de creatividad, criticidad, libertad, solidaridad, afectividad y apertura a lo ilimitado; con sus relaciones consigo mismo –en su proceso de interiorización–, con los demás –en su proceso de socialización–, con la naturaleza –en su proceso de desarrollo–, y con Dios –en su proceso de trascendencia–, es desde esta formación integral que se juega la posibilidad del discipulado y la misión *para que nuestros pueblos tengan vida, finalidad de todo itinerario formativo*.

El presente número se cierra con la presentación de dos ejemplos concretos que nos permiten abordar el tema del *diseño y criterios pastorales y pedagógicos para la formación permanente del laicado*, teniendo en cuenta que, si bien la formación es para todo miembro de la Iglesia, el principal desafío, a la vez que la mayor riqueza, se ubica en la formación de los laicos y laicas de nuestra comunidad creyente para que redescubramos y, sobre todo, asumamos la riqueza de su vocación y misión en la vida de la Iglesia.

Andrés Torres Ramírez  
**Director**